

La palabra constelación dirige la imaginación en una mirada vertical al cielo y la noche. Si bien una estrella es un cuerpo celeste, también puede serlo cualquier figura u objeto con rayos que compartan un centro, buscando de alguna forma imitarla o, cuando menos, evocarla. Y si al artista le es posible evocar estrellas, podrá asimismo constelaciones, pero además universos. Vamos, como el alfarero, por partes.

Constelación es una cierta alineación que figura, sugiere, un sentido; esto puede querer decir que hemos hecho hablar los astros, los hemos dispuesto e interpretado y de tal suerte conseguido, hasta un punto, interpelarlos. El carácter de este requerimiento ha sido de naturaleza trascendental, pues, sean cuales fueren las palabras y lenguas utilizadas cada vez, les hemos solicitado, casi siempre, revelar nada menos que el misterio de la existencia. Vemos en las piezas que se nos presentan una metáfora de esta conversación. Y si la conversación es de carácter misterioso, así tiene que ser su lenguaje. A este tipo de lenguaje podríamos llamarlo también simbólico; las constelaciones de Felipe son, diremos, símbolos.

Los símbolos, más que significar, condensan y expresan estados o posibilidades de ser; no son objetivos, precisos, inmutables, pero tampoco del todo subjetivos: más bien colectivos. Un modo de ser colectivo se configura como una instancia de la realidad, que tanto se descubre -pues no es capricho de la subjetividad absoluta, como se crea -pues no es un dato objetivo que esté allí para ser descubierto y contemplado. Somos entonces al tiempo actores y autores de la realidad, no solo espectadores; hacemos parte de la energía creativa del cosmos; la realidad se realiza en nuestra forma conjunta de estar y movernos en ella. La obra que observamos es igualmente una metáfora de esta dinámica, así como lo era de nuestro diálogo sideral, pues acaso sean esto y dinámica existencial dos formas de decir lo mismo. Esta es, a mi entender, la declaración (*statement*) de las Constelaciones de Felipe.

Parte de este diálogo o movimiento, sin embargo, aún echamos en falta en la presente exposición; se sugiere, de cierto modo lo contiene, pero por el momento se realiza solo como promesa. Veamos. Una constelación en estéreo (del griego στερεός) -3D diríamos hoy, como la representa el arte escultórico, bien puede verse como un universo, por pequeño que pueda resultar. O por grande, pues hasta los confines del espacio podrían delimitarse, supongo, con astros. En fin, estas constelaciones de alfarería, al levantarse del plano y ensamblarse sus múltiples e invisibles fracciones, constituyen también pequeños universos. Percibo así que la obra aspira a una cierta cosmovisión, esto es, a ser y dar cuenta de una experiencia del mundo en el cual estamos inmersos, de un horizonte de sentido vivo.

Ahora, una cosmovisión se articula, codifica, de manera originaria en una narración, es decir un mito -pensémoslo un haz de luz que arranca por instantes a la experiencia y símbolos que la puedan expresar del oscuro abismo infinito dándoles forma reluciente, insuflando nueva energía en el lenguaje. Felipe nos abandona hoy todavía en algún lugar del incipiente camino: intuyo nos comparte mitos a la medida de nuestra huérfana situación contemporánea, escondidos aún al interior de sus constelaciones o universos como vientres que los contienen mientras nutren y terminan de gestar.

Casi me impaciento por ver en futuras muestras su nacimiento.

Carmen